

DEL SUEÑO

Sueño. Sueño que sueño. Sueño que estoy soñando y en mi sueño me veo soñar con alguien que me sueña y en su sueño creo recordar un sueño que alguna vez soñé donde el soñador y el soñado eran un sueño uno del otro y al soñarse ambos soñaban que estaban soñando que ese sueño era un sueño que en mi sueño yo había soñado soñar...

Este pastiche onírico de *El grafógrafo*, a un tiempo irónico y admirativo, me lleva a considerar dos cuestiones: 1) ¿existe una identidad individual del soñante?, y 2) ¿cuál es la sustancia de los sueños?

*

La difusa personalidad del que sueña y el no menos difuso, incongruente y a menudo intercambiable contenido de sus visiones nos han hecho pensar que los sueños son irrelevantes. Novalis decía que son impertinentes y que sólo valen porque son transitorios.

*

Nada es cierto en el sueño. Un teatro de sombras montado por mi inconsciente. Personajes, figuras, situaciones, ¿ficticias? ¿Ninguno de los seres y las cosas que veo tienen sustento? ¿Son siempre nimios? ¿O por el contrario su lenguaje cifrado oculta mensajes que, de ser comprendidos, me aportarían salud y equilibrio y confianza y certeza?

*

Las imágenes que se gestan en los sueños son lo opuesto de una cristalización: formaciones efímeras que apenas surgen se disipan, trazos insustanciales, fortuitos, discontinuos. Su signo es la impermanencia.

*

¿De qué están hechos los sueños? ¿De nuestros miedos, afanes y apetitos, como dice la psicología, o vienen de más lejos? ¿Son, como algunos afirman, formaciones arcaicas, alojadas en los repliegues del cerebro reptiliano? (¿soñarán los reptiles?)?, ¿o se han coagulado en un estrato posterior, en esa configuración cerebral propia de los mamíferos que los científicos llaman sistema límbico y donde al parecer se originan emociones e instintos?

*

Deambulo por el limbo de mi conciencia. Ideas confusas, imágenes fugaces. De pronto, un chispazo: contra el horizonte crepuscular de mi duermevela percibo el término que había estado buscando, la palabra evasiva, la decisión escamoteada. Debo anotarla de inmediato porque si no lo más probable es que la olvide, que, como un vampiro, la solución que se me ofrece se disipe con la luz del día.

*

Muchas veces me ha sucedido que en esos instantes previos al despertar, cuando empezamos a emerger del letargo del sueño y no hemos recobrado aún del todo la conciencia pero ya no estamos dormidos, vislumbro en el fondo de mi cerebro, como un soplo, nítida, la inspiración reveladora. Pero esos territorios ambiguos y brumosos no son ya los del sueño.

*

¿El espacio de los sueños es real? (¿lo imaginario es real?)

*

Ese espacio interior, ¿existe realmente o es una pura figuración de nuestro incansable cerebro?

*

El mundo de los sueños, ¿es un *topos*?

*

¿Y si el espacio mental fuera un espacio cuántico?

*

¿Los sueños serán, como la poesía, *irregularmente importantes*?

*

A saber qué batallas se libran en nuestro interior mientras soñamos.

*

“Es curioso que hasta ahora el interior del hombre haya sido tan escasamente observado”

(Novalis).

*

La noche, creadora de embelecos.

*

Los seres humanos nos hemos preguntado siempre por el origen de esas representaciones, ajenas a nuestra voluntad y no pocas veces imbuidas de un aura ominosa o funesta.

*

Los antiguos pensaron que la vida es el sueño de una deidad cuya vigilia no sospechamos. Ahora creemos que Dios, si existe, es insomne.

*

En alguna ocasión soñé el argumento entero de un novela, incluido el título, pero el despertar sólo conservaba una vaga idea de la trama, que se desarrollaba en un opresivo ambiente rural, no escribí nada y a los pocos minutos todo había desaparecido.

*

No me ha sido dado en cambio el raro privilegio de soñar un poema completo, su música, su ritmo, sus imágenes. Ha traído, sí, versos sueltos, un giro, una metáfora, pero poco más. ¿Es posible trasladar, íntegra, una obra soñada?

*

Entendemos mal los sueños. No sabemos todavía con certeza cuál es su función ni en qué consisten esas escenificaciones que nuestra mente elabora con una prolijidad impenitente mientras dormimos.

*

Los sueños nos han intrigado siempre. Les hemos atribuido, según la época y la latitud, virtudes proféticas, augurales, admonitorias, terapéuticas incluso, pero siempre con un

dejo de desconfianza, como si esas figuraciones nocturnas surgidas de las profundidades de nuestro inconsciente encerraran no sólo algo enigmático sino potencialmente inconocible y por lo mismo aterrador.

*

¿Qué son los sueños? ¿Un proceso?, ¿un fenómeno?, ¿una condición?, ¿una actividad?, ¿un estado? La psicología postula que durante el sueño nuestro cerebro procesa y asimila las emociones diurnas y que gracias a ello podemos manejarlas mejor en la vigilia. Pero ¿son sólo eso, una especie de simulacro para entrenarnos en los empeños de la vida?

*

No sabemos a qué atenernos con ellos. ¿Son insignificantes, es decir, carecen de significado? ¿Son insensatos: carecen de sentido? ¿Podemos suponer que poseen alguna intencionalidad fuera de la función “digestiva” que les atribuyen los psicólogos?

*

¿Los descifraremos algún día? ¿Llegaremos a conocer su sintaxis, su semántica, su lógica? ¿Es posible leerlos? ¿Son un lenguaje y desde esa perspectiva pueden considerarse unívocos? ¿O al contrario, su estructura y su contenido son tales que constituyen un texto abierto, dotado de múltiples significados?

*

Esa tierra en apariencia insensata está preñada —nos han dicho— de nuestras propias carencias o afectos recónditos, de nuestros apetitos más secretos, de deseos y ambiciones inconfesables que, como un tigre, nos acechan en la concavidad de la noche

prontos a dar cuenta de nuestro frágil equilibrio emocional. La acumulación de sobresaltos, de alarmas, de terrores, a pesar de la labor sanadora del día, ¿no será una forma solapada de hacer evidente nuestra natural propensión a privilegiar el lado sombrío de la existencia, la “mala levadura” que dormita en nosotros?

*

La verdad de los sueños, pese a su aparente inconsistencia, no necesita ser reivindicada.

*

Los psicólogos han escudriñado su estructura simbólica y observado que poseen connotaciones específicas, aunque no siempre estemos en situación de comprenderlos. Se trata de sucesos —dicen— que tienen una causa y una intencionalidad y cuyo lenguaje adquiere todo su sentido en la abstracción.

*

¿Quién sueña? ¿El cerebro, la mente?, ¿lo que Lichtenberg llamó “el órgano del alma”?

*

Salgo de una casa en la que no sé muy bien qué he ido a hacer, y me encuentro con una multitud elegantemente vestida, la mayoría de un blanco impecable, que despide a unos recién casados; la pareja parte en un automóvil de color acero en medio de los aplausos y gritos de sus invitados. No conozco a nadie y mientras camino y atravieso la calle alejándome del lugar, encuentro a un viejo amigo —hoy alto funcionario judicial— con quien converso de cosas intrascendentes mientras nos dirigimos al fondo de la avenida arbolada que me acerca al sitio al que presumiblemente me dirijo. No sé después de qué manera (tal vez es el lugar que buscaba) estoy frente a otra multitud que, llevando velas

encendidas en las manos, avanza hacia lo que parece ser una cripta subterránea, en el extremo de una avenida o, mejor, de una glorieta de intensa circulación. Será el principio de la tarde. Alguien me dice —aunque tal vez ya lo sepa—, que esa gente se dirige a una capilla para celebrar el inicio del proceso de beatificación de una religiosa que se tramita en Roma. Encuentro a una amiga, rubia y hermosa, que nada tienen que ver con esta gente pero que aparentemente también se dirige hacia la cripta. Veo parientes, tíos y primos que apresuradamente acuden a la ceremonia. Mi mujer (de pronto está a mi lado mi mujer) y yo no entramos al lugar y seguimos de largo. Alguien nos ofrece un producto artesanal, una especie de cesta de mimbre con tapa, que no aceptamos. Estamos en otra parte, en un jardín al atardecer, a la orilla del mar. La playa, detrás de un seto de enmarañadas bugambilias, refulge con una luz dorada. Comienza a ponerse el sol: como una moneda rojísima y enorme cae en el horizonte. Mi mujer y yo contemplamos el cielo arrobados. En cuanto desaparece el disco detrás de la línea del mar se hace completamente de noche. Me inunda una sensación de inmensa alegría, como si hubiera finalmente llevado a buen éxito un trabajo complejo. Me siento animado, contento: la visión del sol poniente me ha confortado de un modo que no logro explicarme.

¿Qué sentido puede tener una sucesión de escenas así? Seguramente con ayuda profesional podría desentrañar parte de su significado, al menos desde el punto de vista psicológico, pero ¿me aclararán algo? ¿No será más bien que, fuera del momento preciso en que elaboré este sueño, no tiene la menor importancia que lo recuerde y lo registre?

*

Tengo una mano lastimada y pienso que en el sueño seré sanado. Pero ahora me muevo en la vigilia y debo aceptar esta especie de discapacidad transitoria que me impide accionar libremente.

*

Volver de los sueños a la vigilia cargados de una zozobra que el sueño, tal vez cualquier sueño, deja en nosotros, un sedimento de angustia, de desesperanza inexplicable, como si lo que vivimos del otro lado de la conciencia implicara, siempre, una perturbación y una pérdida.

Tal vez porque esa vuelta implica abandonar algo que nos perteneció y que nos es al mismo tiempo ajeno, como si ese territorio impreciso o fluctuante en el que nos adentramos, siendo en apariencia exclusivamente nuestro, nos rebasara, nos despojara de lo que nos es propio y nos situara en un espacio abierto a todos los influjos, a todas las insuficiencias, un ámbito común a la especie, anterior a la conciencia individual y donde experimentamos sin tapujos, sin defensas, huérfanos, sin credos ni dioses tutelares, el estremecimiento primordial de ser humanos.

*

De niño soñé de modo recurrente que salía volando de mi habitación, en el segundo piso, descendía la escalera hasta el jardín y allí, flotando, contemplaba fascinado una única rosa roja en la punta de un rosal plantado sobre un montículo de rocas volcánicas, que existía en realidad. Muchas veces se repitió este sueño, siempre muy vívido. Todavía hoy recuerdo la transparencia de la luz que bañaba la escena y la intensa emoción que sentía. Yo admiraba, ingrátido, la hermosa rosa roja sin atreverme a tocarla y de algún

modo sabía que su visión representaba un asunto esencial para mí, aunque nunca he sabido realmente en qué pudiera consistir. Pero atesoro como un momento privilegiado la memoria de esa única rosa roja ardiendo al fondo del jardín de la infancia.

*

¿Volamos o caemos? Descendemos al fondo de nosotros mismos. ¿Es así? Se ha dicho que el movimiento de los sueños es en cierta medida y de acuerdo a ciertas técnicas, manejable. ¿Vamos a algún lado? ¿Nos desplazamos verdaderamente o es inexistente toda trayectoria?

*

¿A qué llamamos ‘malos sueños’? La inquietud, el sobresalto, el miedo que experimentamos durante un sueño, e incluso el placer extremo, la excitación irrefrenable que después de desasosegarnos desemboca en un violento orgasmo, ¿no son sino reflejos de una previa e inconfesada transacción terrestre?

Y ese demonio, duende o espectro, que, según la tradición (y la etimología) nos oprime el corazón cuando estamos dormidos provocándonos las pesadillas, ¿tendrá peso en sí mismo o será imponderable? En todo caso el mal soñar es, siempre, imprevisible.

*

¿Quién puede decir cuál será el rumbo que tomarán sus visiones nocturnas? ¿Llegará un momento en que sabremos dirigir los sueños, encauzarlos, hacer que esas representaciones nos hablen y revelen su sentido?

*

¿Podemos darnos cita con alguien en un sueño? Algunos brujos y chamanes aseguran que tienen el poder de entrar en el sueño de una persona con el propósito de hacerle “trabajitos”. Eso supondría que existe un espacio común donde ocurren los sueños, un lugar en cierta medida accesible a todo soñador.

*

Procesamos, dicen ciertas teorías, nuestras emociones diurnas mediante el sueño, asimilamos lo ocurrido durante el día y, así, podemos enfrentarlo. Las ensoñaciones serían, entonces, más que proyecciones de nuestros deseos inconfesos o utópicos, mecanismos mediante los cuales nuestra mente aprende a lidiar con los eventos cotidianos.

*

Algunos piensan que los sueños nos ayudan a resolver cuestiones conflictivas. El hecho de que la angustia, la ansiedad, la codicia, adquieran “una forma escénica”, ¿puede ser realmente de alguna utilidad para que las comprendamos mejor? Apología del teatro, *sobre el viento armado*.

*

El sueño, ¿es irracional? ¿Carece de razón? ¿Es imposible calcularlo? Nos hemos preguntado desde el origen qué lo determina y cómo podríamos aprovechar sus imágenes y su aparente sin sentido y aún hoy seguimos fundamentalmente a oscuras con respecto a sus alcances, sus motivos y su condición.

*

¿Perdemos en el sueño nuestra raíz? O al contrario, ¿cuando soñamos nos afirmamos en el suelo de una inescapable condición terrestre?

*

En esta tierra adventicia y volátil, ¡cuántas revelaciones no nos aguardarán!

*

Soñé que a mi casa llegaban Borges, Octavio Paz, y otra persona, un desconocido de quien todo ignoraba excepto que pertenecía a la Academia de la Lengua. Un temporal terrible había arrasado la casa. El agua embravecida se había llevado muebles, desconchado muros, arrancado puertas y roto las paredes interiores. Resignados, con todo, nos sentábamos en lo que había sido la sala a conversar. El lodo cubría pasillos y escaleras. Los muros chorreaban agua. Una enredadera que daba a un patio interior había sido arrancada dejando al descubierto un gran muro cubierto por un tosco repellido. Todos sabíamos inmediatamente sin viso de dudas que detrás de aquel muro se ocultaba un tesoro, un legado magnífico que nos pertenecía a mi mujer y a mí, y con generosidad y con gusto los dos grandes poetas se alegraban de ello. Llegaban otras gentes. La reunión se hacía fiesta. Se conversaba, se bebía. Yo salía un momento, iba a otra habitación. Luego encontraba a Borges. Un poco fatigado el viejo maestro me decía que Paz había ido a acostarse y, siempre amable y bien dispuesto, entablaba conmigo una charla sentado en los peldaños de una vieja escalera. Me hablaba de sus últimos poemas, inéditos; eran tres: un soneto sobre Rasputín, otro sobre Ariadna y el tercero, de forma libre, titulado los *Veintiún dones*. Cuando Borges iba a comenzar recitar el poema de los *Veintiún dones* desperté.

*

Sueño que converso con un amigo muerto hace años. La imagen es muy real. Estamos en un corredor, sentados en sendas mecedoras, frente a un jardín, en Cuernavaca quizá. Macetas con helechos, piñanonas, hojas elegantes, garras de león. De pronto mi amigo se pone de pie, muy exaltado, diciendo: “No es cierto, nunca estuve en ese lugar...”, y desaparece.

*

Ningún sueño es insano, pese a lo que los confesores y los catequistas nos han hecho creer.

*

Es claro que el contenido de los sueños es ilusorio, sí, ¿pero es irreal? Lo que experimentamos cuando soñamos ¿lo olvidamos por completo o esas tribulaciones dejan de algún modo su marca en nuestra conciencia? Y en ese caso, ¿su efecto es acumulativo? ¿Soñamos mejor con los años?

*

Los sueños ponen de manifiesto lo que podríamos llamar los pormenores de una vida paralela, como si por debajo (o por encima) de nuestra conciencia pululara otra vida, si no equiparable si por lo menos concurrente.

*

Un sueño juvenil

Estoy en una piscina pública. Hay muchísima gente. Un escenario abigarrado bajo un cielo intensamente azul, denso y convulso que de algún modo me recuerda la atmósfera

de “*El día de San Juan*”, ese cuadro fantástico de Julio Castellanos. De pronto alguien da la voz de alarma. Todos nos lanzamos al agua y comenzamos a nadar frenéticamente tratando de alcanzar la otra orilla. Nos aplastamos, nos empujamos unos a otros. Nadamos desesperadamente. Nadie lo ha dicho pero todos sabemos que nuestra vida depende de ello. Gritos, patadas, manotazos de la multitud enloquecida. Creo reconocer entre el gentío a dos compañeros de la secundaria. Sólo uno de ellos llegará, conmigo, a la otra orilla, uno con quien por cierto después me unió una larga amistad.

*

¿Quién inventa en el sueño? ¿Quién concibe los escenarios, las ciudades, las calles, los cuartos donde transcurren nuestras peripecias? ¿Quién es el arquitecto, el decorador, el dramaturgo que monta esas escenas? No ha dejado nunca de sorprenderme la meticulosidad con la que podemos concebir lugares o personajes no sólo absolutamente desconocidos sino cuya “realidad” individualidad y su llamémosla consistencia o precisión no puede dejar ninguna duda sobre su factibilidad. ¿Será eso que Novalis llamaba “la razón visionaria de nuestra alma”?

*

¿Nos decidiremos algún día a aceptar y asumir la verdad de los sueños? ¿Seremos capaces de ir al encuentro de ese doble nocturno, desterrado y perseguido, como apuntó Cortázar, fabulador y antojadizo, incógnito y secreto y postergado que no deja de agitarse en nosotros?

*

Si pudiéramos descifrar nuestros sueños, entender qué significan *verdaderamente*, es decir, qué sentido tienen para nosotros, podríamos sin duda aprender a vivir más armoniosamente.

*

¿La función de los sueños? Tal vez poner en evidencia nuestra innata precariedad .

*

Estoy en Nueva York, o eso creo. Es de noche, hace frío, en las calles las coladeras despiden espesas bocanadas de vapor. Deambulo sin un objetivo preciso. Edificios inmensos, plazas, cristales. Una iluminación imposible, faroles oblongos, pesadísimos. Las calles están prácticamente vacías. Uno o dos transeúntes y algún coche, un taxi solitario, pasan frente a mí. Me acerco a un escaparate del que parece salir una luz. Tengo la sensación de que alguien me sigue pero no veo a nadie. Entro en una estación subterránea y subo al metro, que poco después emerge del subsuelo y avanza por vías elevadas hasta el centro de la ciudad: un área erizada de rascacielos profusamente iluminados, atravesada por puentes altísimos que cruzan autos y trenes en todas direcciones. Los anuncios luminosos destellan como los latidos de un inmenso corazón ubicuo: marquesinas de cines, pantallas con imágenes publicitarias, muchachas, perfumes, prendas de vestir, resplandores de neón (¿o son leds?) flotando en la neblina. El tren en que viajo rueda a gran velocidad. No parece haber nadie más en el vagón. Me siento casi como en la montaña rusa. La ciudad es enorme, pobladísima. No es Nueva York, no se parece a la Nueva York real. Más bien recuerda a una urbe asiática, Hong Kong o Shangai, pero magnificada, excesiva, asfixiante. Pienso que debo bajar del tren, llegar a un sitio específico, un teatro, una oficina, un restaurante: tengo una cita con alguien, pero el tren no se detiene, no llega a ninguna estación. No sé cómo saldré de aquí.

*

Ensamblamos en un todo en apariencia absurdo recuerdos, percepciones, ideas, sentimientos, sospechas, obsesiones, quizá inconscientes pero sin duda ciertas, y con ello fabricamos una representación que —dicen los psicólogos— nos sirve para compensar nuestra insuficiencias. ¿Sólo eso?

*

Recuerdo un sueño que contaba mi padre. La angustia con la que lo evocaba siempre me impresionó. Se veía como un soldado, romano quizá, en el fragor de una batalla. Un enemigo se acercaba a él blandiendo una afilada lanza y lo acometía. Él sentía claramente cómo la punta rasgaba su cuerpo y cómo poco a poco se iba hundiendo hasta clavársele en el corazón. Comenzaba a desvanecerse, una nube negra y sorda lo envolvía. En ese momento sobresaltado, inquietísimo, despertaba con la horrible sensación de haber estado efectivamente a punto de morir.

*

Nunca he soñado, o no lo recuerdo, con mi muerte, aunque varias veces he vuelto a ver en el sueño a personas ya idas y he conversado con ellas.

*

Nada nos impide imaginar que algún día se inventará un adminículo capaz de “grabar” las imágenes gestadas en los sueños. Si, por ejemplo, nos insertaran un chip en alguna región específica del cerebro: el tronco del encéfalo quizá, o la corteza cerebral o incluso el hipotálamo, y en ese mecanismo se registraran las visiones del sueño, ¿qué pasaría? ¿Veríamos, como en una película, desfilan ante nosotros esa sarta de

figuraciones sin sentido y sentiríamos que, al fin, hemos hallado la evasiva clave de los sueños?

Es probable que no. Aún cuando el desarrollo de una hipotética tecnología permitiera, de alguna manera, capturar las imaginaciones oníricas, haría falta todavía descifrar su lenguaje, conocer su gramática, desentrañar la estructura de sus normas.

*

Pese a que durante mucho tiempo se pensó que en el sueño nuestro organismo reposaba, se sabe ahora que durante su fase profunda la actividad cerebral y el gasto de energía son mayores que durante la vigilia. Movemos rápidamente los ojos bajo los párpados, quizá tratando de seguir el trajinar de las evanescentes imágenes que infestan nuestro inconsciente.

*

¿Será el sueño el atisbo de una función adormecida de la conciencia a través de la cual vislumbramos lo que seríamos capaces de realizar si estuviéramos bien despiertos?

*

Alguna vez soñé que me metamorfoseaba en un árbol. Sentí claramente cómo mis miembros se endurecían, primero los pies, que empezaron a crecer y a adentrarse en la tierra, luego las piernas, unidas en un tronco que comenzó a ensancharse y a ascender por mi cuerpo: los muslos, el abdomen, el torso; mis brazos se extendieron convertidos en ramas, el pelo se transformó en hojas. Yo respiraba con normalidad. Me iba inmovilizando, percibía la solidez de mi tronco rugoso y al viento silbando en mi follaje. Agitaba las manos: ya eran fronda. Me sentí henchido de un inmenso vigor.

*

Una teoría de las perturbaciones: ¿existe un orden, una lógica de los sueños, formulable aunque incomprensible? Mientras que en el mundo exterior, macrocósmico, operan las leyes de la relatividad general, ¿podrían quizá las leyes de la física cuántica explicar el sentido de la lógica onírica? Un “dominio denso” (aunque evanescente) de estados múltiples, donde las situaciones son impredecibles, discontinuas y ubicuas y la acción instantánea a distancia es moneda corriente, ¿no estará sometido a los mismos principios que rigen la mecánica subatómica? ¿El mundo de los sueños, la realidad interior, será un mundo microscópico? ¿O, en todo caso, funciona como si lo fuera?

*

El mundo de los sueños, concentrado en sí mismo.

*

¿“Vemos” siempre los sueños? Algunos estudiosos sugieren que no, que hay sueños invisibles. Los sentimos, nos agitan, alteran nuestro ritmo cardíaco, aceleran nuestra presión sanguínea pero no los podemos ver. ¿Dónde registramos entonces su ocurrencia?, ¿en la memoria corporal? ¿Nos acordamos de alguna manera inexplicable de ellos? ¿Nos ayudan también a procesar, como los sueños “visuales”, los eventos del día?

*

Es inquietante pensar cómo un sueño puede influir, desde “el otro lado del espejo mental”, en nuestro estado de ánimo consciente. Algo se petrifica y acobarda en nosotros cuando soñamos con un acontecimiento amenazante o pavoroso. ¿O tal vez lo

soñamos porque estamos inquietos o angustiados, aunque no nos percatemos conscientemente de ello? ¿Cómo funcionan esos sutiles vasos comunicantes entre la “rugosa realidad” y las “etéreas regiones del sueño”?

*

Hay sueños falsamente premonitorios. Mientras duran sentimos de una manera oscura pero acuciante que lo que está en juego es nuestra vida, que lo que estamos experimentando, la situación representada, es una prefiguración o una advertencia de lo que va a sucedernos, y esa sensación puede ser devastadora. En todo caso lo es durante el sueño. Pero al despertar, aunque persista un cierto sentimiento de angustia, comprendemos que no necesariamente esa “revelación” va a cumplirse, que se trata, en efecto, de un sueño y que nuestro cerebro al parecer nos ha jugado una mala pasada. ¿Qué origina esos falsos augurios? La mente —¿es la mente?— pone en escena situaciones admonitorias u ominosas con algún fin ¿terapéutico?

*

Cuando soñamos abolimos el espacio y el tiempo, saltamos de un lugar a otro, de una época a otra. Podemos surcar los aires, atravesar muros, danzar sobre el abismo. Recorremos en segundos distancias estelares, nos transformamos en cualquier cosa, en cualquier elemento. Sí, en los sueños nos movemos con ¿total? libertad. ¿No será más bien que esa ilimitada autonomía es sólo una aparente y compensatoria figuración de nuestras limitaciones y nuestra pesadez?

*

Hace años una conocida de la mujer que era entonces mi mujer llegó a nuestra casa, al parecer huyendo de la policía. Perteneía, me dijeron, a una célula guerrillera y tenía

que ocultarse. Mi mujer le había ofrecido, supongo que por teléfono, hospedaje por una noche y ella llegó con un neceser por todo ajuar. Nada delataba su peligrosa situación. Tenía una larga y suelta cabellera negra, finos rasgos indígenas, ojos pequeños pero vivaces y una desencantada ironía. Antes de cenar conversamos un poco, cosas intrascendentes. Nada más.

Esa noche soñé que una espesa mata de pelo me obstruía la garganta. Me estaba asfixiando, no podía respirar. Como una cañería taponada por una pelambreira, aquel mazacote se me apretujaba en la tráquea, borboteaba, espeso y húmedo, inmundito. Sentí un asco inmenso. Todavía hoy la sensación de esos pelos atascados me provoca insistentes arcadas nauseabundas. No volvimos a saber de la mujer.

*

Sueño lento

Trato de correr detrás de alguien a quien no veo. Estoy en una calle en algún barrio de la periferia de la ciudad, de casas y bardas bajas, en el anochecer. Bajo los faroles del exiguo alumbrado público flota una luz cremosa. Ignoro a quién busco pero entre más me afano por alcanzarlo, más lenta es mi marcha. Siento una urgencia creciente. Avanzo en cámara lenta, como si estuviera sumergido en una invisible pero muy consistente sustancia gelatinosa. Todo brilla con una fosforescencia naranja. Comienzo a angustiarme: a este paso jamás llegaré a donde se supone que voy a encontrarme con la gente que busco. Mi marcha se hace más y más lenta. Comienzo a respirar con dificultad. Cada vez es más espesa la materia en la que me muevo. Quiero gritar, pero ningún sonido sale de mi garganta. Cuando estoy a punto de desvanecerme, despierto.

*

Una característica de los sueños: su intensidad. Independientemente de la escena soñada, en general es muy vivo lo que se representa ante nuestra visión interior, como si al ceder las trabas impuestas por la razón, la fuerza de las emociones se expresara no sólo sin tapujos sino con una vehemencia acrecentada.

Pero no soñamos lo que queremos. La imaginación —¿es la imaginación? — se desata, liberada de la voluntad. Las cosas más absurdas, las más necias, las más inesperadas se suceden sin ningún orden aparente. Es, literalmente, otro mundo, con sus leyes, su lógica, su narrativa.

*

Tengo una casa de campo al pie de los grandes volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, con una vista excepcional de ambos, a la que voy con frecuencia y quizá eso explique la (relativa) frecuencia con la que sueño con esas montañas. Sin embargo cuando esos sueños ocurren son siempre desde una posición inédita, imposible prácticamente, irreconciliable con la realidad: son visitas —si así puede decirse— a sitios y perspectivas de unos volcanes *otros*.

Uno de los más recientes: estoy muy cerca del cuerpo de la montaña, en algún punto elevado. Me llama la atención, aunque no puedo decir si dentro del sueño o después, al despertar, el ángulo de mi visión: estoy realmente muy cerca de la cumbre, al lado de un caserío, que por supuesto no existe a esas alturas, con varias personas desconocidas, no muchas, que pasean mientras algunos autos circulan, más abajo, por una carretera llena de curvas. El sol de la tarde, al que no veo, resplandece contra las paredes rocosas de la montaña.

De pronto tengo la sensación de que esa luz crepuscular, diáfana e invernal, anuncia también el fin del año y de que todos los que nos encontramos ahí nos disponemos a celebrarlo. Comienza a caer la noche. Hace frío. A lo lejos, en el fondo del valle, brillan débilmente las luces de la ciudad. Estoy, ya lo dije, muy próximo a la cima, que veo deformada, como a través de una lente de aumento o como si el espacio en mi campo de visión se hubiera súbitamente agrandado. La curvatura de la imagen tiene algo de opresivo; pienso en una pintura expresionista.

Es de noche. El volcán es una mole oscura frente a mí. No siento ninguna inquietud, más bien una difusa exaltación. Alguien enciende unas velas. Nuestras sombras se proyectan sobre la tierra. Oigo el rumor de la gente reuniéndose. No ocurre nada más.

*

¿Soñamos lo que merecemos? ¿Merecemos lo que soñamos?

*

Cuando nos adentramos en esa realidad singular y vívida, a la vez atrayente y vertiginosa, perdemos albedrío y consistencia: nos encontramos a merced de esas criaturas de la noche que pululan, se reproducen y se pierden en un interminable laberinto de espejos.

*

Los sueños, como las sombras y los espíritus de las mitologías, son huidizos, evanescentes, incorpóreos, sí, pero ¿son casuales? El psicoanálisis dice que no, que hay siempre una intencionalidad, aunque la mayoría de las veces se nos escape, y ha propuesto con mayor o menor tino claves para su interpretación.

*

Es muy probable que los sueños constituyan un lenguaje, quizá incluso una escritura cuyos signos, incoherentes en apariencia pero asociativos, terminarán un día por revelarnos su misterio.

*

Peculiar condición de algunos sueños: fugitivos pero perdurables.

*

¡Cuántas veces no nos ha desvelado la tenaz impresión de un sueño!

*

Sueño con mi padre, muerto hace más de cuarenta años. Conversamos sentados en la sala de estar de una casa desconocida. Es de noche. No veo su rostro, velado por la sombra, pero sé que lo agobia una profunda tristeza. Sé que hablamos de muchas cosas, pero al despertar no recuerdo nada de nuestra conversación. Tengo la sensación de que nunca lo volveré a ver.

*

“Borro lo que escribo, ve, porque tienes que leer”.

*

En París, un París literalmente de ensueño, es decir, inventado, imaginario, irreal. Mi mujer y yo paseamos por el “Barrio Latino”. Callecitas adoquinadas y serpenteantes repletas de librerías, bares, restós, brasseries. En algunos de estos sitios hay placas conmemorativas indicando que en tal lugar François Truffaut filmó tal película, que

Godard utilizó tal otro como locación (todo muy cinematográfico y muy *nouvelle vague*). Recorremos varias calles: La Grande-Truanderie (que no tiene nada que ver con la verdadera Grande-Truanderie, en el 1er distrito, cerca de Les Halles), la Rue Caillebotte (de nuevo, sin relación con la realidad: debe haber una calle Caillebotte en París, pero ninguna en el Quartier Latin). Entramos en un pabellón que da a una espléndida galería repleta de tiendas de lujo: boutiques de ropa, casa de anticuarios, marroquinerías, joyerías. Hay una enorme animación. Hombres y mujeres de una *elegancia fabulosa* recorren el lugar. Pese a la vivacidad de esta muchedumbre, en la plaza comercial hay algo de opresivo. Queremos comer algo. Volvemos a las callecitas adoquinadas. Esquinas en punta, toldos de un intenso color rojo, mesas al aire libre. Creemos recordar la escena de la película a la que hace referencia la placa en el bar de la falsa Grande Truanderie. Nos disponemos a tomar algo. Siento cierto malestar: todo parece suceder en un ambiente muy de la época de las películas descritas, un tanto excesivo, teatral, una atmósfera que remite a los años 50 y 60 del siglo pasado, cuando no conocía yo París. Tengo la angustiosa sensación de que esa vuelta al pasado, un pasado imaginario, entraña, agazapada, la disolución del presente. Consigo despertarme.

*

Visito a Vicente Rojo en su estudio, en la ciudad de México: un amplio local sin muros, repleto de libros, con varios sillones en torno de una mesa y una cocina al fondo (más parece la casa de un escritor que el estudio de un pintor y por supuesto nada tiene que ver con el verdadero estudio de Rojo), y me encuentro con una antigua amiga mía, una guapa y talentosa clarinetista a quien hace años no veo. Mi amiga ha escrito un poema y quiere que lo lea. Me muestra, insistente, su texto. Lo primero que llama mi atención es la extraña tipografía, fina y austera, y el hecho de que esté escrito enteramente en mayúsculas, sin signos de puntuación; hay muchas kas, muchas emes. Me cuesta trabajo

entenderlo; tengo la impresión de que está escrito en otra lengua, que no sé si comprendo. No alcanzo a descifrar a qué se refiere o de qué trata, si bien puedo seguir confusamente el hilo de las imágenes. Bárbara, la mujer de Vicente, ha preparado algunos bocadillos y se acerca para ofrecérmolos. Mi amiga insiste en que le dé mi opinión. No quiere irse sin conocerla. Hace años me atraía, mucho. Todavía está muy guapa, aunque algo ha cambiado en su expresión, que es ahora más severa, más dura. No sé qué decirle. Balbuceo algunos comentarios sobre la curiosa disposición tipográfica, sobre la calidad del papel, sobre mi sorpresa de que esté escribiendo poesía. Finalmente logro hilvanar algunas ideas y comienzo a explayarme sobre la calidad de las metáforas, sobre el peculiar ambiente y el tono conseguidos, sobre la intensidad de algunos versos. La expresión de Vicente, sentado frente a nosotros, basta para despertarme.

*

Estoy en un hotel en algún lugar de la provincia mexicana, Guanajuato, o Guadalajara, un hotel enorme, de varios pisos, con numerosos corredores, jardines y patios, y muchísimos cuartos, tal vez un convento o una antigua hacienda remodelada. Se lleva a cabo un encuentro literario y el invitado principal es Borges (otra vez Borges), quien al día siguiente dará una lectura. Pero ahora es de noche y yo, que deambulo por allí, me lo encuentro en uno de los pasillos. Está solo, caminando un poco a tientas por los corredores del hotel. Me acerco, lo saludo, nos sentamos en un par de sillones dispuestos bajo una arcada e iniciamos una animada conversación que pronto se convierte en un monólogo: el viejo poeta me relata la trama de su último cuento.

Un forajido, que huye de unos invisibles perseguidores, se refugia en un vasto edificio en ruinas. Buscando donde guarecerse, recorre pasillos, escaleras, terrazas, cuartos. El

ruinoso edificio parece no tener fin. Una habitación da a otra y a otra más. Pronto el hombre se da cuenta de que nunca podrá salir de ahí. Vaga por las habitaciones infinitas. Una escalera da a un pasillo que se convierte en una terraza que desemboca en otra terraza que desciende hasta un patio de donde parte otra escalera que conduce a una habitación cuyas puertas se abren a un corredor que llega a una especie de celda de la que penosamente logra escapar para llegar a otra escalera que irrumpe en un alto salón abovedado en cuyo fondo una trampa permite bajar a un sótano que al final no es más que la azotea de un cuarto subterráneo donde...

Tengo la sensación de que Borges me está tomando el pelo, que el forajido del relato es él mismo, que ha soñado, transfigurándolo, el desmesurado hotel en que nos encontramos. Pero lo que me aterra es que de pronto me doy cuenta de que en realidad Borges está soñando ese sueño y que yo estoy, por alguna razón misteriosa, dentro de su sueño, que formo parte de él y que en cuanto Borges despierte yo voy a desaparecer. Entonces soy yo el que despierta.

El origen del sueño es transparente: está claramente contaminado por la literatura. Los numerosos textos del poeta sobre sueños y laberintos, soñadores y soñados, me llevaron a elaborar *¿inconscientemente?* esta torpe ficción borgesiana. Lo soñé hace muchos años, cuando el gran escritor todavía estaba vivo. Y sin embargo no puedo evitar, al recordarlo, volver a sentir el miedo *real* que entonces me invadió.

*

El sueño crea una inquietante simbología de sustituciones. El análisis psicoanalítico puede explicarlas, pero la mayor parte de las veces su significación permanece oculta. ¿Quién es capaz, por sí mismo, de desentrañar todos los recovecos de esas

representaciones en apariencia absurdas pero cuya coherencia soterrada nos perturba y cuestiona?

*

El sueño, la muerte

El sueño, ¿prefiguración de la muerte? ¿Morimos un poco cuando soñamos? O al contrario, ¿tenemos el indicio de una vida más plena? Tal vez ni lo uno ni lo otro. Lo más probable es que las figuraciones de la noche no tengan nada que ver con lo que sucede después de la muerte, si es que *sucede* algo en ese proceso que más bien pareciera comportar la cesación de toda sucesión.

*

Las religiones nos consuelan, bajo distintas perspectivas (resurrección, aniquilación, transmigración, reencarnación) con la promesa de una existencia perdurable, eterna incluso, después de la muerte. Quieren asegurarnos la permanencia de eso que a falta de una palabra mejor llamamos el alma, la vida consciente.

*

¡Sí, cuánto nos gusta creer que somos inmortales, tener ese consuelo, esa ilusión! El gran Novalis, Nerval, los poetas románticos, de un modo más imaginativo y sin duda más apasionado que muchos de los acólitos de las distintas religiones, hicieron desesperados esfuerzos por hacer suya esa visión, esa fe. Nerval, por ejemplo, estaba persuadido de que en el sueño empezamos una segunda vida, “semejante a la que, sin duda, nos aguarda después de la muerte.” ¿Sin duda? No hay nada que nos permita suponer que existe, bajo cualquier otra forma, una continuidad de la existencia.

*

“El pensamiento consolador del más allá” (Béguin) no es en absoluto consolador. Es terrible pensar que algo de esta vida se prolongará indefinidamente, así sean los momentos más placenteros. Fausto se equivocó: la impermanencia es el paraíso.

*

Si el cielo es el que ven los astrónomos, lo que nos espera como recompensa a la piedad y a las buenas acciones es una incesante conflagración nuclear.

*

De la muerte lo único seguro es que nada sabemos. Lo demás es literatura.